

# REFLEXIÓN PASCUAL

(José María Álvarez Pipo. 17 de abril 2022).

Todos conocemos bien los relatos pascuales de los textos originales del cristianismo, cuya síntesis queda recogida en esta proclamación: **¡Cristo ha resucitado!** En ella se nos quiere transmitir la experiencia pascual que los discípulos más allegados a Jesús tuvieron de su muerte. ¿Qué han querido decir?

Si uno va al diccionario de la Real Academia Española, lee que resucitar significa “devolver la vida a un muerto” o “volver a la vida”. Es lo que pensamos todos. Pero, por otra parte, la ciencia hoy nos dice que es imposible que eso pueda suceder. Nadie que haya muerto de verdad puede volver a la vida que tenía antes de morir. Después de un cierto corto tiempo comienza en el muerto un proceso físico-químico irreversible sujeto a las leyes que rigen nuestro mundo. Es lo que le sucedió al Nazareno, igual que a todos los que han muerto, salvo que se empleen técnicas de conservación artificial de cierta parte de la materia corporal.

Ahora bien, los evangelios nos hablan de un Jesús que ha vuelto a la vida de antes con una presencia real física. Apoyan esta noticia en el sepulcro vacío y en todas las apariciones de las que nos hablan. Hasta dicen que Jesús come pescado con ellos. Especialmente vibrante y realista es también la escena del encuentro de Jesús y Tomás, el incrédulo.

Ello hace que el Catecismo de la Iglesia católica diga que “ante estos testimonios es imposible interpretar la resurrección de Cristo fuera del orden **físico**, y no reconocerlo como un hecho **histórico**”. (CCE 643). Dos calificativos estos que no se pueden mezclar así, uniéndolos sin más. Una cosa es que la ‘resurrección’ haya sido un hecho **histórico místico** y otra que se pueda hablar de un suceso **físico**, habiendo de entenderse como que el cuerpo de Jesús muerto en cruz y sepultado ha vuelto a la **vida física y química**. ¿Ha comido realmente Jesús resucitado el pescado que le suministran sus amigos, le habrá llegado al estómago, lo habrá digerido, etc.? Eso no es posible.

Por otra parte, una cosa es lo que le ha sucedido a Jesús física e históricamente después de muerto y otra **las vivencias, también históricas**, que pudo haber provocado la muerte de Jesús en sus **discípulos**, cómo la vieron ellos y la repercusión que tuvo en su vida, todo vivido en ellos de modo real, físico, histórico.

Para hablar de lo que le pasó realmente, históricamente, a Jesús de Nazaret no podemos utilizar la actuación de **poderes extraños**, aunque los llamemos ‘**Dios**’, que alteran las leyes de la naturaleza. Partimos de que nuestro mundo es autónomo, regido exclusivamente por sus propias leyes. **No caben intervenciones mágicas que las puedan alterar**. Ningún Dios puede intervenir para que no suceda lo que tiene que ocurrir. Pensar esto o decir esto, no es perder la fe, es no creer en un Dios Mago, igual que no creemos en la magia de ningún otro dios de otras creencias, ni de cualquier persona que se nos presente como tal.

Por eso hay que decir que el Nazareno, una vez muerto en la cruz, inicia un proceso de descomposición corporal, física, histórica, **irreversible**. Esté donde esté el cuerpo de Jesús, le sucedió necesariamente lo mismo que a todos los cuerpos vivos que no han sido tratados para realizar algún tipo de conservación. Estará integrado, de la manera que sea, en el cosmos. Tan imposible es revertir el proceso de la muerte humana de Jesús, y de cualquier otro, como separar el agua caliente de un vaso mezclada con el agua fría de otro vaso para volver a la situación anterior. Hoy no hay nada ni nadie que pueda devolvernos a la infancia. Lo mismo hay que decir de una **resurrección física** de Jesús. Estas conclusiones hay que aplicarlas también para hablar de la ascensión de Jesús al cielo y de la asunción de María. **No existe ningún “cielo” donde puedan estar sus cuerpos físicos.**

Las narraciones pascuales de los evangelios son, según dicen los estudiosos del tema, unas composiciones anónimas surgidas entre los años 65-90 y reunidas en una colección a principios del siglo II. Lo que tenemos que hacer es descubrir lo que se nos quiere decir en ellos, igual que hacemos con todos los textos de la biblia judía.

La historia del sepulcro vacío y de las diversas apariciones de Jesús que nos lo describen con una vida biológica física, al igual que su ascensión a los cielos no son narraciones hechas por quienes vivieron los hechos para dar testimonio de que Jesús había muerto en la cruz y que había vuelto a la vida física que tenía antes. Si fueran ellos los autores habría que deducir que estarían **mintiendo**. Ellos vivieron los acontecimientos de un modo normal y hablarían de su experiencia pascual de manera más directa y llana, como nosotros podemos describir nuestra propia experiencia pascual dando testimonio de que nosotros sentimos que el Nazareno vive aún hoy.

Lo que tenemos en los evangelios es la descripción hecha por “terceras” personas (o cuartas o sextas...) para contar un mensaje claro que se venía diciendo desde la muerte del Nazareno: que **Jesús sigue vivo entre ellos**, continuando la obra que él comenzó de anunciar e iniciar el “Reinado de Dios”, tal como se recoge en los evangelios. Y **sí, efectivamente, la realidad viviente de Jesús a través de la vida de sus seguidores es un hecho histórico del que podemos cada uno dar testimonio de él**. Cristo, en este sentido, no ha resucitado, **está resucitando siempre**. Lo resucitamos todos siendo como él ha sido. Esta fe es activa, incluye una responsabilidad, nos compromete y por ello es una **fe atractiva, ilusionante**.

También desde la fe se puede decir que Jesús de Nazaret **vive en “Dios”**, en el Cielo, si así queremos llamar a Dios, al Dios que lo llena todo, donde vivía ya antes de nacer aquí en este mundo. Como todos los seres humanos, que vivimos ya desde hace miles de millones de años. En realidad, nuestra vida no comienza cuando “nacemos”, tiene una historia millonaria. Todos tenemos parecido origen, parecida historia y todos tendremos parecido destino. Estas ideas están muy bien resumidas en esta famosa y muy repetida frase: **venimos de Dios y vamos a Dios**. Todos. Jesús de Nazaret, su madre María... y nosotros. Pero hemos de explicar mucho y bien lo que queremos decir con esta frase que es fruto, creo yo, de una intuición mística, a la que han llegado algunos cristianos desde la fe y el amor. Cómo está Dios presente en todo lo que existe, en la vida misma, es un misterio, que como tal es descrito por los creyentes de muchas y diversas maneras.